

## FLORA BOTTON BEJA

# NO TODOS LOS CHINOS ERAN MANDARINES: "LOS SIETE SABIOS DEL BOSQUE DE BAMBU"



Yang Chu dijo:

La gente no tiene reposo por perseguir cuatro metas: larga vida, reputación, puestos, posición. El que tiene estas cuatro metas teme a los espíritus, teme a los demás hombres, teme a las autoridades, teme al castigo. Yo le llamo 'un hombre que huye de las cosas'.

Lieh-tzu

Si quisiéramos escoger dentro de la historia de China una época de crisis política y social, el tercer siglo de nuestra era podría ser un verdadero ejemplo de un tal periodo. A la caída de la dinastía Han se sumaban los rezagos de una rebelión popular, la de los Turbantes Amarillos; a la lucha de facciones políticas por el poder se añadían pugnas entre las clases sociales dominantes. En todo el Imperio no había más que ruinas y desolación, las ciudades y el campo estaban destruidos, la gente presa de pánico no sabía si huir de los bandidos o de los soldados.<sup>1</sup>

La caída del Imperio Han, a veces comparada con la caída del Imperio Romano, no fue únicamente un cambio político sino que también acarreó un cambio cultural que estremeció las bases del mundo confuciano sobre el cual reposaba todo el sistema político-social. El que después se haya recuperado no significa que no haya estado en peligro mortal y es esta recuperación que le da a China sus características peculiares y la hace separarse de los patrones de la historia occidental.

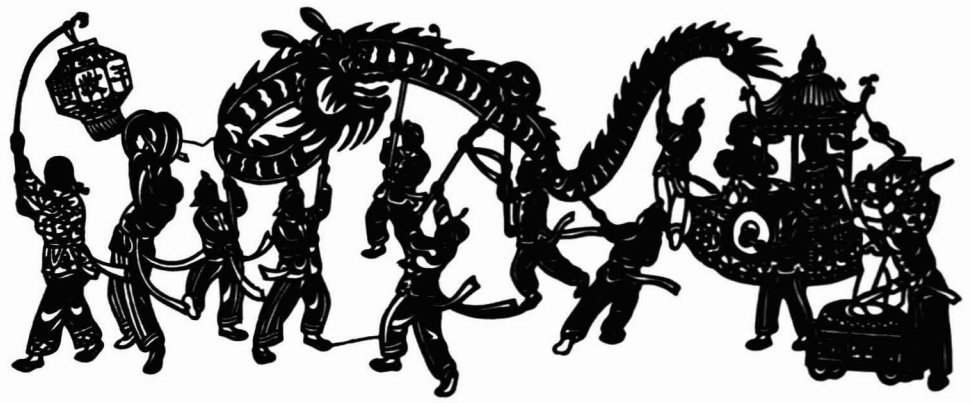
El vencedor en la primera contienda por el poder después de la

caída de la dinastía Han, Ts'ao Ts'ao, es un personaje de gran controversia en la historia oficial china. Se le presenta como un cruel tirano cuyas arbitrariedades le han hecho famoso. Esta historiografía basada en fuentes de un confucianismo restaurado olvida su gran capacidad como jefe militar, su visión acertada de reformador y su calidad de poeta lírico. La mayor influencia sobre Ts'ao Ts'ao la ejerció el taoísmo y su hijo Ts'ao Wei, primer rey de la dinastía Wei siguió las huellas del padre en cuanto poeta y admirador del taoísmo y también en cuanto partidario del legalismo que abogaba por un poder central totalitario.<sup>2</sup> A eso se oponían las viejas familias nobles quienes se proclamaban paladines del confucianismo con todo lo que acarrecaba de tradicionalismo feudal, de obediencia a la familia y al clan, de preparación de burócratas a través de un sistema de exámenes basado sobre los clásicos confucianos, cosa que Ts'ao Ts'ao había suprimido.

¿Cuál es la posición de los intelectuales en este mundo de intrigas políticas y de pugnas ideológicas que escondían mucho más que una manera de ser en la sociedad? Hay que ver cuál era el papel que tradicionalmente se le asignaba al intelectual para entender el fenómeno que se produce en esta época de crisis.

El intelectual chino era generalmente un burócrata y toda su vida giraba alrededor de su puesto y de su ascenso en la escala del servicio civil. Como joven, se preparaba para los exámenes estudiando a los clásicos, luego ingresaba en la vida activa y su tarea consistía en asesorar, administrar, escribir informes y cartas y a veces ensayos a fin de expresar sus ideas sobre el manejo del gobierno. La clase de letrados-burócratas si bien no siempre era de estirpe aristocrática provenía por lo general de capas sociales acomodadas, terratenientes, otros burócratas, etcétera. Si había alguien que se "infiltraba" de otras capas sociales era para enseguida adaptarse y dejarse absorber por la tendencia general. Nunca representaron al pueblo realmente y si algún consejero valiente hizo a veces notar que el pueblo debía ser tomado en cuenta lo hacía citando copiosamente la "Biblia" confuciana, o sea a Mencio u otros.<sup>3</sup> La defensa del pueblo, además, era según la ortodoxia confuciana un deber del gobernante que debía cuidar del "rebaño" popular de manera paternalista.

Los intelectuales entonces, por su función, por su origen social, por sus raíces mismas, pertenecían al "establishment" y cualquier divergencia con el poder se hacía oír dentro de los círculos gubernamentales y la solución era buscada desde dentro. Hubo, claro está, persecuciones de letrados en varias épocas de la historia, aun antes del periodo que estamos examinando,<sup>4</sup> pero los perseguidos sostenían una clara ideología combatida por alguna razón por otros elementos en el poder y las cabezas que cayeron estaban llenas de ideas disidentes y convencidas hasta el fin. Ahora bien, en la época Wei-Chin que nos ocupa en este momento se había resquebrajado no solamente el orden político y social sino que no



había una ideología a la cual seguir (y con ello estar seguro) o a la cual combatir (y por ello ser perseguido).

En primer lugar la inestabilidad política y el cambio constante de grupos influyentes hacen preponderar durante un tiempo una ideología, durante algún tiempo otra. Inmediatamente después de la caída de Han con la infiltración de las ideas de los rebeldes "Turbantes Amarillos" que tenían profundas raíces taoístas, con el relajamiento en los programas de educación que permitieron que mucha gente leyera textos taoístas, hubo una corriente muy fuerte de influencia del taoísmo filosófico como religioso.<sup>5</sup>

El taoísmo filosófico a través de la obra de Lao-Tzu y de Chuang-Tzu, pero sobre todo de Chuang-tzu para esta época, pone énfasis sobre lo "natural", sobre el "libre curso de la naturaleza", sobre la "no acción". Mientras el confucianismo insiste sobre una rigidez absoluta en las relaciones familiares y sociales, el taoísmo habla del curso natural y espontáneo de las cosas; mientras el

confucianismo habla de la responsabilidad del hombre como ser social, el taoísmo exalta al individuo como ser natural; cuando el confucianismo señala que las acciones humanas tienen repercusión en el curso de la naturaleza en general, el taoísmo afirma que cada hombre es libre de forjar su destino.<sup>6</sup> El taoísmo religioso trae también la noción de una religión personal – cosa que se afirmará aun más con la creciente influencia del budismo – y una posibilidad de metafísica ajena al confucianismo. Además, el estudio de los clásicos ya no era la fuente de toda explicación sino que cada persona tenía que resolver su propio problema existencial. Este problema se tornó aún más agudo por la crisis antes mencionada y el confucianismo desprestigiado por los abusos cometidos en su nombre, por los crímenes justificados esgrimiendo sus principios, ya no satisfizo a la gente más sensible.

Las aspiraciones esenciales de la época vistas desde el punto de vista del taoísmo filosófico están muy bien representadas en el libro de *Lieh-tzu*, texto escrito probablemente en este mismo periodo histórico. Al naturalismo y cierto anarquismo de Chuang-tzu se añaden visiones más místicas, un inherente nihilismo, un marcado individualismo y en el famoso capítulo de Yang Chu un hedonismo que haría estremecer a los doctos confucianos. El tema que se repite con insistencia es siempre el de la brevedad de la vida y la tan pronta llegada de la muerte que es definitiva e irrevocable: "Apurados de gozar de la vida mientras la tengáis: ¿por qué os preocupáis de lo que acontecerá cuando estéis muertos?"<sup>7</sup> Y con el mismo cinismo, expresa Yang Chu su indiferencia en cuanto a los solemnes ritos del entierro y del luto pues afirma que le da igual cómo y en dónde lo entierren pues "una vez que esté muerto, ¿qué me puede importar?"

¿Cómo reaccionan los intelectuales ante tales influencias? Por un lado, el formular cualquier ideología era peligroso pues no sabían en qué momento cambiaría la corriente oficial, por el otro, cualquier protesta parecería inútil si se trataba de formular dentro del orden establecido. Ahora bien, los intelectuales no estaban acostumbrados a luchar fuera del orden establecido pues su misión había sido acatarlo o criticarlo. En esta época en que las ideas fluctuaban no se podía estar ni en pro ni en contra y nada más había que salvar el pellejo. El intelectual chino no podía, pues no tenía antecedentes para ello, ser revolucionario; se tomó entonces en algunos casos rebelde, rebelde negativo, rebelde casi pasivo en cuanto a implantar algo nuevo, pero adoptando actitudes de rechazo a un orden establecido que ya no era satisfactorio. El rechazar la sociedad y al mismo tiempo no procurar cambiarla no es un fenómeno aislado de la época Wei-Chin y aun ahora en nuestro mundo vemos síntomas muy claros de esto en actitudes como las de los jipis, por ejemplo.<sup>8</sup>

Pero este "escaparse" de lo convencional y de la sociedad es censurado si se aplican los valores en vigencia. Es por eso que



nuestros intelectuales del siglo III fueron criticados en muchas instancias y dados como ejemplo de degeneración y de decadencia y algunos fueron llamados "locos". Estos "locos", sin embargo, tenían una visión bastante clara de sus propias aspiraciones y si no eran siempre coincidentes con las de la sociedad en general, ¿de quién era la culpa?

El "escaparse" no era algo ajeno en la vida del intelectual chino. Podía hacerlo de dos maneras. Podía guardar su fachada oficial, es decir, proseguir con sus labores administrativas al mismo tiempo que al lado del aburrido informe escribía algunas poesías, o si no, enseñando una irreprochable conducta de devoción filial y aprovechando de los tres años de luto obligatorio se retiraba en una cabaña y gozaba de la naturaleza. En la antigüedad el "escape" estaba equiparado a la protesta. El retraimiento era voluntario pero consciente de un estar inconforme con el poder. Este era el caso de los ermitaños en épocas remotas que se "iban al monte" para no mancillar su integridad. En estos casos era un retraimiento que no señalaba un escape sino una participación latente.<sup>9</sup>

Poco a poco, en parte por acontecimientos políticos que obligaron a la gente a refugiarse en los montes y en parte por la influencia del naturalismo taoísta, el ser ermitaño se convirtió en un modo de buscar la paz "lejos del mundanal ruido". En la época Wei-Chin, ya había tomado otro matiz: el ermitaño se volvió símbolo de "sabio" por su desprecio al mundo material.<sup>10</sup>

Tal vez por eso, por una humorada fueron llamados "Los siete sabios del bosque de bambú", siete alegres amigos que se reunían a charlar, tomar vino y pasear en medio de un ambiente natural agradable, huyendo de la fama, evitando el honor de altos puestos, cultivando su vida y su placer, y deleitándose en cosas pequeñas. Su vestimenta no era convencional y "trataban su cuerpo con naturalidad" descuidando a veces su apariencia física. Todos ellos eran hombres de buena familia —no podrían ser otra cosa y tener la posibilidad del ocio para dar rienda suelta a su fantasía—. Todos eran hombres cultos capaces de ocupar cargos administrativos y por eso su desafío era aun más notorio. Todos ellos creían en el precepto taoísta del "tzu-ran", del "ser como se es" de las cosas y de los hombres.

Se ha alegado<sup>11</sup> que China carece de la palabra "libertad" tal y como la entendemos en occidente y que los sustitutos usados para ello tienen un tono de "libertinaje" o "licencia", pues en un ambiente de totalitarismo de tantos siglos no podía existir tal concepto. Sin embargo, se puede decir que la más completa expresión de libertad total es la de "tzu-ran", la de la libertad por el despojo de lo artificial, por la vuelta a una naturalidad que es la esencia misma de la libertad pues ni siquiera es liberarse de nada, es ser tal y como se es.

"Los siete sabios del bosque de bambú" no eran únicos en su



época en la cual abundaban ejemplos de intelectuales con actitudes marcadamente antisociales, que rechazaban los valores confucianos, de la familia, los deberes sociales, las creencias morales y la conducta decorosa, y pecaban de la misma manera que en nuestra sociedad cristiana se pecaría por actos contrarios a la moral cristiana. Algunos se emborrachaban y otros se deleitaban en placeres aun menos ortodoxos; podemos ser tan intolerantes al juzgarlos como lo fueron sus contemporáneos ya que sus actitudes mucho se parecen a las que rigen ahora entre grupos que llamamos antisociales y que criticamos con la misma vehemencia.

Volvamos a nuestros "sabios". Lo que ellos tienen de característico y que les hizo pasar a la historia más marcadamente, es su asociación, el hecho que dentro de su individualismo celoso se reconocieran suficientes rasgos en común para formar un grupo, un club, en el cual se bebía y se paseaba pero también se charlaba sin cesar de todo y más bien de nada, cosa muy lógica en una



sociedad en la cual hablar de todo era a veces peligroso y hablar de nada estaba de moda. Entre estos siete amigos la afinidad no excluía una diferencia enorme de personalidades pero en todos ellos vemos que el rechazo de la sociedad y de sus valores se hace por desesperación y no por vicio y que aún en el más iconoclasta hay algo patético y en el fondo ingenuo, pues el luchar contra las buenas costumbres establecidas fue siempre un luchar contra un enemigo demasiado fuerte.

Valiosa información anecdótica sobre “Los siete sabios” encontramos en un libro extraordinario escrito en el siglo V por un tal Liu I-ching, el *Shih-shuo hsin-yü* que recoge todo lo que se sabía de interesante sobre oficiales, sabios y excéntricos desde fines de la dinastía Han hasta el final de la dinastía Chin (fines del siglo II hasta principios del siglo V).<sup>12</sup> Nuestros amigos son mencionados varias veces y se nos cuentan episodios de su vida y muerte. He aquí lo que nos dice sobre la formación del grupo: “Yuan Chi, Hsi K’ang y Shan T’ao tenían más o menos la misma edad; Hsi K’ang, el más joven, era el que obedecía. Liu Ling, Yuan Hsien, Hsiang Hsiu y Wang Chung se unieron a las diversiones de los tres amigos. Estos siete hombres se reunían en un bosque de bambúes a fin de entregarse a sus fantasías y poder beber abundantemente. Es así como fueron llamados “Los siete sabios del bosque de bambú”.<sup>13</sup> También sabemos que después de sus paseos iban a su taberna predilecta, la de un tal señor Huang, y que allí acababan de emborracharse. ¿Qué es lo que buscaban en esta embriaguez? Según Maspero<sup>14</sup> tal vez un poder estar fuera y por encima de las cosas de este mundo (algo así como lo que producen las drogas en nuestros días).

Entre los siete amigos destacan sobre todo dos: Hsi K’ang y Yuan Chi. No solamente sus personalidades eran interesantes sino que dejaron una obra literaria valiosa. Los dos tenían caracteres diferentes y si vida y muerte fueron consecuentes con el camino que habían escogido. En ambos, sin embargo, existía un común odio por la sociedad artificial confuciana y ambos fueron individualistas, adeptos del taoísmo; según Holzman, “es esta rebelión y su arraigo en valores religiosos, humanos y personales lo que da a los siete sabios su verdadera importancia histórica.”<sup>15</sup>

Hsi K’ang era alto, guapo y fuerte<sup>16</sup> y devoto taoísta. De niño, mimado por sus padres leyó muchos textos taoístas y pudo encontrar en ellos más sentido que en los clásicos confucianos cuyo tono político no estaba de acuerdo con su personalidad poco dada a la ambición de tal naturaleza. Sus preocupaciones principales parecen haber sido encontrar el sentido de la vida y de la muerte y eso le llevó a adoptar una religión personal.<sup>17</sup> Nunca aceptó un puesto político y a pesar de su pobreza se mantuvo alejado de cualquier tentación de cargos administrativos.

Hacia el año 260, su amigo y miembro del grupo de los siete



sabios, Shan T’ao, lo propuso para un puesto oficial. Hsi K’ang se sintió doblemente herido. En primer lugar, su compañero había capitulado y se había dejado seducir por el mundo político, en segundo lugar este amigo pretendía arrastrarlo por la misma senda de la burocracia. No, esto no podría aceptarlo Hsi K’ang y en una carta a Shan T’ao le enumera varias “razones” por las cuales de ninguna manera sería apto para un puesto oficial. Estas razones son: le gusta dormir hasta tarde; le gusta cazar, pescar y tocar la cítara; está lleno de piojos y se rascaría ante sus superiores; no sabe escribir cartas, además ni le gusta hacerlo; no le gustan las ceremonias; aborrece la gente vulgar y en general detesta la burocracia.<sup>18</sup> Son razones muy poderosas para impedir a cualquiera ser un serio mandarín.

¿Cómo ocupaba su tiempo Hsi K’ang? Hacía ejercicios respiratorios, gimnasia, meditación y pasaba largas horas en la búsqueda de hierbas que utilizaba para hacer drogas de “longevidad”. Para el



taoísmo religioso era muy importante la dieta y los alimentos estaban clasificados minuciosamente según su influencia sobre los "humores" del cuerpo y de ellos dependía el cultivo de la inmortalidad.<sup>19</sup> También se entretenía Hsi K'ang tocando la cítara y trabajando como herrero en su propio jardín, no por lucro sino como una práctica místico-religiosa.<sup>20</sup> Entre su religión, su forja, su cítara y sus reuniones se sentía satisfecho, pero no pudo, como hubiera querido, mantenerse al margen sin llamar la atención. Su desprendimiento, su completo desprecio por los honores y los bienes materiales, su abierta y franca repulsión por los puestos políticos le atrajeron la enemistad de poderosos a quienes no había rendido pleitesía.

La muerte de Hsi K'ang llegó pronto y como consecuencia de un asunto bastante sórdido. Un amigo suyo había sido acusado por el hermano de ser "irreverente" con su madre; esta acusación la hacía con el acuerdo de la esposa del acusado pues según parece

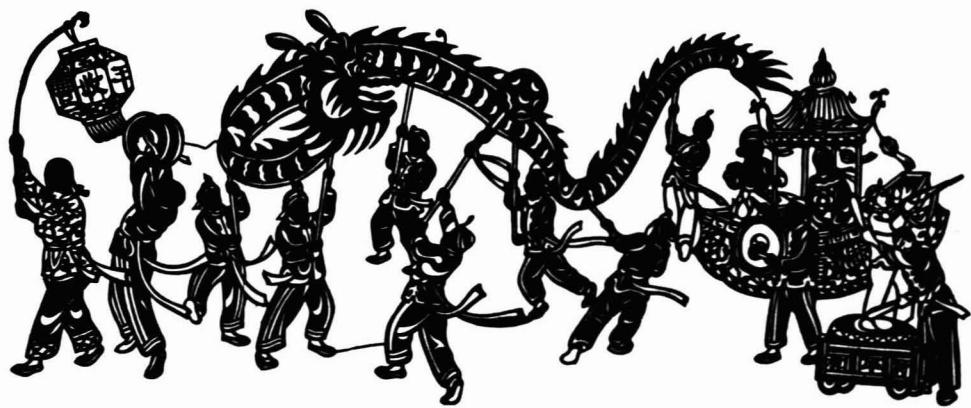


tenían relaciones y querían desembarazarse del marido. Hsi K'ang, a petición de su amigo, lo defendió con el resultado de que ambos fueran condenados a morir. Se le acusó a Hsi K'ang de ser un elemento antisocial y pernicioso, una mala yerba a la que había que extirpar. Hsi K'ang tenía 38 años y un enorme apego a la vida. Su religión le prometía la inmortalidad siempre y cuando durante su vida siguiera ciertas prácticas. He aquí que antes de poder completar el ciclo necesario su vida fue interrumpida violentamente y él y su cuerpo condenados a desaparecer en la nada. En un poema escrito en la cárcel, poema que con un poco de libertad podemos llamar "De la pena negra", ve su vida en retrospectiva y nos dice cómo su inclinación le alejó del estudio de los clásicos consagrados y cómo "despreciaba las cosas exteriores" y únicamente le atribuía valor a lo que él era. El día de su muerte se dirigió impávido hacia el lugar de la ejecución. Atravesó con firmeza el mercado público y fue hacia la muerte tocando su cítara. Lamentó no haberle enseñado la melodía que tocaba a un amigo y dijo "esta música ahora, morirá conmigo".<sup>21</sup>

Hsi K'ang halló la muerte por ser demasiado franco e inocente al expresar su inconformidad con la sociedad en la cual vivía; su amigo Yuang Chi supo sobrevivir exagerando su carácter y sus manías de tal manera que nadie finalmente lo tomaba demasiado en serio. A los locos quién les hace caso... Igual que Hsi K'ang tocaba la cítara, se deleitaba en la naturaleza y escribía poesía que para muchos era superior a la de Hsi K'ang.

Las anécdotas que se cuentan de Yuan Chi son célebres y casi todas tienen como tema su constante estado de embriaguez. Yuan Chi pasó a la historia como un borracho y libertino pero tal vez detrás de su borrachera se escondía un instinto enorme de conservación. Cada vez que alguien se le aproximaba con algún ofrecimiento, se emborrachaba; cuando un personaje poderoso quiso entablar una alianza matrimonial con él la casamentera nunca pudo hablarle pues durante sesenta días se mantuvo borracho. El único puesto que según cuentan haya jamás aceptado fue un puesto militar sin importancia pues la compañía tenía una bodega muy bien provista.

Así pudo sobrevivir Yuan Chi, callando siempre, emborrachándose y huyendo pero sin ceder en sus convicciones íntimas. Cuando murió su madre, acontecimiento considerado por la tradición como el de mayor luto, Yuan Chi comió y bebió abundantemente provocando la indignación de cuantos le veían.<sup>22</sup> Nos enteramos por otra anécdota que su dolor era inmenso pero no creía que abstenerse de beber era necesariamente la mejor forma de manifestarlo. También, desafiando todas las reglas de buen comportamiento, se le vio acompañando en público a su cuñada y cuando alguien le llamó la atención, alzando los hombros contestó: "¿Qué pueden importarme a mí estas cosas de comportamiento decoroso?"



De manera mucho más caricaturesca Liu Ling llevó a cabo su campaña de comportamiento antisocial. Este hombre feo y de aspecto descuidado<sup>24</sup> era un gran bebedor y un excéntrico conocido. Cuentan que su esposa, cansada de sus abusos, rompió todas las jarras de vino y le pidió que ya dejara de beber. Liu Ling le juró que así lo haría pero como su voluntad podía flaquear le explicó a su mujer que necesitaba pedirle ayuda a los espíritus. Para eso, le dijo, necesitaba preparar una ofrenda. La mujer, llena de júbilo, preparó varias jarras de vino y viandas para el altar pero apenas estuvo Liu Ling ante la ofrenda comió y bebió hasta caerse de borracho.<sup>25</sup> En otra ocasión sus amigos lo encontraron borracho y completamente desnudo en su habitación. Al verlos tan sorprendidos él les replicó que consideraba el cielo y la tierra como su morada a la vez que su habitación era su traje: “¿Con qué derecho entráis dentro de mi traje?” les preguntó.<sup>26</sup>

De todo lo que escribió, Liu Ling solamente publicó su famosa

oda 4 al *Espíritu del vino*. En ella habla de un hombre cuya inclinación al vino le vale reproches de dos serios paladines de las buenas costumbres. Mientras expresan con palabras firmes su desaprobación, el borracho sigue bebiendo sin hacerles caso hasta que “sus oídos estaban más allá del alcance del trueno; no podría haber visto ni siquiera una montaña; para él no existían ni el calor ni el frío. No sabía ni lo que le pasaba por la cabeza. Los asuntos del mundo parecían tener tanta importancia como las yerbas sobre el río...”<sup>27</sup> Esta descripción, más que exaltar la euforia que puede producir el vino, en realidad hace hincapié sobre sus virtudes paralizantes que aislan al ser humano y le impiden tener contacto con el mundo externo.

De los demás “sabios” sabemos algunas cosas, sobre todo de Wang Chung, el rico del grupo, a quién a veces los demás despreciaban pues sentían que no pertenecía completamente a su ambiente. Era algo así como el “snob” que quería mezclarse con los “jipis”. Nos quedan de él anécdotas de su enorme avaricia que era casi una enfermedad. Yuan Hsien, sobrino de Yuan Chi era digno pariente de este último pero nunca tuvo el brillo de su ilustre tío. Finalmente tenemos a Hsiang Hsiu, intelectual serio que escribió un comentario del *chuang-tzu* y Shan T’ao quien capituló y ocupó puestos burocráticos.

Los siete sabios tuvieron una fama que trascendió la época en la cual vivieron. Se les conoció no solamente como autores de poemas y ensayos, sino también como excéntricos a veces admirados y a veces criticados. Una actitud de desprecio hacia las normas sociales convencionales puede ser peligrosa, y así lo fue en el caso de Hsi K’ang; al mismo tiempo produce la admiración secreta de quienes entienden el por qué de la rebeldía y no osan seguir el mismo camino. Para los siete sabios (o al menos para la mayoría de ellos) las cosas consideradas esenciales por sus contemporáneos eran las que menos valoraban. La fama, el dinero, los puestos y además, eran lazos que impedían seguir el curso natural de una vida sin restricciones.

Todos los estudios que se han hecho sobre los siete sabios, aun los que muestran mayor comprensión, los valoran y califican según patrones establecidos por los que consideran positivo y necesario el compromiso dentro de la sociedad. Los autores admiten que la sociedad de la época era poco atractiva y que las actitudes rebeldes justificaban un rechazo de estos valores que no funcionaban correctamente.<sup>28</sup> Se tacha, pues, aun justificándolos, de nihilistas y escapistas a los siete sabios porque se cerraban a un mundo no atractivo. Esta interpretación está influida por comentarios que hacen sobre ellos sus contemporáneos o, posteriormente, otros críticos. Dicen que esta actitud era únicamente una fachada para sobrevivir o para no dejarse atrapar en un engranaje social insatisfactorio y que de otra manera estarían incorporados a la vida activa y creadora dentro del marco de la sociedad. Sin embargo, a





través de lo que los mismos sabios hacen o dicen llegamos a la conclusión de que tenían más bien una escala totalmente diferente de valores y que su vida puede parecer negativa según lo convencional, pero es positiva en cuanto al culto de la espontaneidad y la libertad. Es posible que en una época de la historia menos crítica los siete sabios no se hubieran rebelado pues pertenecían a una clase social apegada a la tradición, pero es también probable que esta rebeldía desatada por las circunstancias no les hizo únicamente “escaparse de la realidad” sino encontrar otra mucho más auténtica aunque hiciera falta, de vez en cuando, una buena cantidad de vino para hallarla.

Los siete sabios encabezan una tradición de excentricidad que volvió a brotar en varias épocas de la historia literaria y artística de China. Estos movimientos no fueron suficientemente grandes para cambiar la organización social china cuyos valores siguieron siendo los del confucianismo, y la misma anarquía inherente en tales “brotes” no ayudó a que se formaran escuelas importantes. Los mandarines aparentemente ganaron siempre y China conservó su fachada de respetabilidad y de seriedad. Sin embargo, aun los mandarines serios tenían dentro de sí alguna chispa que prendía en circunstancias propicias. Un luto, un exilio, una caída en desgracia y temporalmente se sumaban al grupo de los “locos” excéntricos y antisociales. La mayor parte de las veces volvían a ser respetables, se cortaban el pelo, dejaban de beber y se olvidaban de la vida libre dentro de la naturaleza; sin embargo, fue durante este periodo de “locura” que crearon obras maestras del arte y de la literatura.

#### Notas

1 Ver E. Balazs en *Chinese Civilization and Bureaucracy*, New Haven, Yale University Press, 1967 (3a. edición), p. 233. En general en este libro, en los capítulos 14 y 15 Balazs hace un análisis muy interesante de los antecedentes políticos y sociales de esta época.

2 Ver el artículo de Donald Holzman: *Les sept sages de la Forêt de Bambous et la société de leur temps*, en T'oung Pao, XLV (1956), 317-346.

3. Mencio dice por ejemplo que hay “los que trabajan con sus mentes y gobiernan y los que trabajan con sus manos y son gobernados”.

4 Como la persecución de los confucianos durante la dinastía Ch'in.

5 Para ver la diferencia entre los dos es muy útil el libro de Henri Maspero: *Le Taoïsme*, París, Presses Universitaires de France, 1967, y también el libro de Holmes Welch: *Taoism: The Parting of the Way*, Boston, Beacon Press, 1967.

6 Un análisis muy valioso de las ideas del periodo Wei-Chin es el que hace Liu Ta Chie en *Wei-Chin Ssu-hsiang lun*, Taipei, editorial Chung Hua, 1957.

7 Lieh-tzu, Cap. “Yang Chu”.

8 Dice Robert Merton en *Teoría y Estructuras Sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, en la página 162 sobre casos de “escape”: “El derrotismo, el quietismo y la resignación se manifiestan en mecanismos de escape que en última instancia los llevan a “escapar” de las exigencias de la sociedad. Esto es, pues, un expediente que nace del fracaso continuado para acercarse a la meta por procedimientos legítimos, y de la incapacidad para usar el camino ilegítimo a causa de las prohibiciones interiorizadas... El conflicto se resuelve abandonando ambos elementos precipitantes: metas y medios. El escape es completo, se elimina el conflicto y el individuo queda asocializado.

9 Sobre ermitaños hay un artículo muy bueno de Li Chi: “The Changing Concept of the Recluse in Chinese Literature” en *Harvard Journal of Asiatic Studies*, Vol. 24 (1962-3), pp. 234-247.

10 Li Chi, recoge una anécdota muy característica en el *Chin Shu*: Huan Hsüan, rey de Ch'u, quería tener un ermitaño propio y por eso mandó a Huang-fu Hsi-chih al monte y le ordenó volverse ermitaño. Al poco tiempo le ofreció un puesto muy importante que, según la consigna, él debía rechazar. Finalmente aceptaba el ofrecimiento del rey. Pero la gente se dio cuenta y Huang-fu Hsi-chih fue llamado “el falso ermitaño”.

11 Max Weber en *The Religion of China*, Illinois, The Free Press, 1951, y E. Balazs, *op. cit.*, p. 247.

12 Sobre el estilo de Shih-shuo Hsin-yü ver J. L. Bishop: *Studies in Chinese Literature*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

13 *Shih-shuo Hsin-yü*, Hong Kong, Editorial Taiping, 1966, p. 178.

14 Maspero, *op. cit.*, p. 151.

15 Holzman: *Les sept sages... op. cit.*, p. 345.

16 *Shih-shuo Hsin-yü*, p. 151.

17 Maspero: *op. cit.*, p. 62.

18 Donald Holzman: *La vie et la pensée de Hi Kang*, Leiden

E. J. Brill, 1957, p. 42.

19 Hsi K'ang escribió un tratado sobre como “Alimentar la vida”.

20 Maspero: *op. cit.*, p. 64.

21 *Hsi-shuo Hsin-yü*, *op. cit.*, p. 86.

22 *Ibid.* p. 178.

23 *Ibid.* p. 179.

24 *Ibid.* p. 152.

25 *Ibid.* p. 178.

26 *Ibid.* p. 179.

27 Ver Maspero: *op. cit.*, p. 66 y H. A. Giles: *Gems of Chinese Literature*, New York, Paragon, 1965, p. 102.

28 Balazs, Holzman, etc.